

SOBRE LA VIOLENCIA EN EL FÚTBOL Y LA CUESTION "BARRAS BRAVAS"

NICOLÁS CABRERA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

ON VIOLENCE IN SOCCER AND THE ISSUE OF "BARRAS BRAVAS"

PALABRAS CLAVES: barras bravas | violencia | fútbol
KEYWORDS: barras bravas | violence | football

RECIBIDO: 27/2/22
ACEPTADO: 30/3/22

Resumen

En el presente trabajo propongo un doble movimiento para discutir el fenómeno de la violencia en el fútbol argentino. En la primera parte expongo un largo recorrido histórico que muestra la cruzada moral contra las "barras bravas". La o el lector observará que los discursos performativos sobre las *barras* se confunden con las dinámicas de la violencia. No es casual, pues aquel paralelismo exhibe mi molestia: las *barras* siempre son definidas, pura y exclusivamente, desde la violencia o el delito. No soy ingenuo, se trata de una relación comprensible ya que las piñas, los puntazos y los tiros son parte de las dinámicas de estos grupos. Lo dicho no habilita a confundir la parte con el todo. En la primera parte, entonces, se rastrea la construcción de tal confusión. Se muestra la invención de las *barras* como problema social. En la recta final del texto sistematizo algunos "mitos y verdades" en torno a la violencia en el fútbol en general y la cuestión barra en particular. Esta segunda parte propone pensar a las *barras* como un problema sociológico.

Abstract

In this paper I propose a double movement to discuss the phenomenon of violence in Argentine soccer. In the first part, I present a long historical journey that shows the moral crusade against the "barras bravas". The reader will observe that the performative discourses on the barras bravas are confused with the dynamics of violence. It is not by chance, since that parallelism shows my discomfort: the barras are always defined, purely and exclusively, from the point of view of violence or crime. I am not naïve, it is an understandable relationship since fisticuffs, punches and shots are part of the dynamics of these groups. This does not allow us to confuse the part with the whole. In the first part, then, the construction of such confusion is traced. The invention of the barras as a social problem is shown. In the final part of the text I systematize some "myths and truths" about violence in soccer in general and the "barra" issue in particular. This second part proposes to think of the barras as a sociological problem.

No se puede entender a "la violencia en el fútbol argentino" sin detenernos en sus "barras bravas". Debemos discutirlos. El problema surge cuando estos grupos son descriptos, por ende, prescriptos, desde un único lugar: el pánico moral. Ahí es cuando en los programas de televisión o en los banquillos de acusados son llamados de "salvajes", "delincuentes", "mafiosos", "inadaptados" o "violentos". Mi incomodidad con esas narrativas es que juzgan más de lo que explican. El resultado es una obviedad: el fenómeno se aborda más como problema social y menos como problema sociológico. Cuando la acusación anula la comprensión, solo queda la banalización de lo complejo. Rastrear este vicio de origen es imprescindible para entender las representaciones hegemónicas sobre las *barras* argentinas y, en consecuencia, las intervenciones estatales realizadas en su nombre.

En el presente trabajo propongo un doble movimiento para discutir el fenómeno de la violencia en el fútbol argentino. En la primera parte expongo un largo recorrido histórico que muestra la cruzada moral contra las "barras bravas". La o el lector observará que los discursos performativos sobre las *barras* se confunden con las dinámicas de la violencia. No es casual, pues aquel paralelismo exhibe mi molestia: las *barras* siempre son definidas, pura y exclusivamente, desde la violencia o el delito. No soy ingenuo, se trata de una relación comprensible ya que las piñas, los puntazos y los tiros son parte de las dinámicas de estos grupos. Lo dicho no habilita a confundir la parte con el todo. En la primera parte, entonces, se rastrea la construcción de tal confusión. Se muestra la invención de las *barras* como problema social. En la recta final del texto sistematizo algunos "mitos y verdades" en torno a la violencia en el fútbol en general y la cuestión barra en particular. Esta segunda parte propone pensar a las *barras* como un problema sociológico.

Vale subrayar que el presente artículo forma parte de un recorrido más amplio que incluye una investigación etnográfica con la *barra de Los Piratas* del Club Atlético Belgrano de Córdoba durante más de siete años (Cabrera, 2021a y 2021b), experiencias de intervención en el mismo club (Cabrera y Plaza Schaefer, 2021) y estudios comparativos sobre el proceso de formación social de las barras argentinas en particular y latinoamericanas en general (Cabrera y otros, 2018). Aunque estas vivencias no estarán explicitadas en el texto sobrevuelan como telón de fondo ineludible.

La invención de las barras

El fútbol argentino, inserto vernáculamente por las elites criollas a fines del siglo XIX, tuvo una rápida difusión de "abajo hacia arriba", es decir, por fuera de ámbitos estatales—pero con su aval—y a través de asociaciones civiles. Dicho proceso se tradujo en una vertiginosa popularización y masificación del deporte. En otras palabras: se incorporaron sectores medios y clases populares—masculina en su mayoría, pero no en su totalidad—como protagonistas de un espectáculo creciente. Varios autores muestran que la popularización del fútbol masculino en términos de clase y su masificación en términos de espectáculo, se da progresivamente entre la primera y la segunda década del siglo pasado (Archetti, 2003; Frydenberg, 2011; Reyna, 2011). En esta misma época nace lo que Julio Frydenberg denomina "el hinchismo", es decir, un proceso que "permitió que el público [los hinchas] se afirmara legítimamente como actor principal del espectáculo futbolístico" (Frydenberg, 2011: 223).

Acrecentadas las identificaciones y enemistades entre clubes, las disputas territoriales, los viajes de visitante, las invasiones de campo, la deshonra en torno a la derrota, la afirmación de una masculinidad agresiva, la impotencia frente a fallos arbitrales o los abusos policiales, entre la primera y la segunda década del siglo pasado se registran los

primeros disturbios y episodios de violencia que involucran a hinchas, jugadores, fuerzas de seguridad y organizadores de eventos deportivos. El 21 de octubre de 1922 se da el primer homicidio registrado¹ en un estadio argentino. En la cancha de Tiro Federal, Rosario, Francisco Campá, profesor de Newell's y Enrique Battcock, obrero y ex jugador de Tiro Federal, intercambian golpes en el entretiempo. Minutos después el primero descarga un balazo letal sobre el segundo. La violencia devenida en muerte, en el fútbol argentino, es tan antigua como la pelota de cuero.

Esas crecientes "incivildades" lleva a que gran parte de la prensa empiece hablar de "barras" para colectivizar—bajo una fuerte vocación moralizadora—a los "hinchas fanáticos" que protagonizan episodios "antideportivos", "incultos" o "vandálicos" (Reyna, 2011: 179). El primero de diciembre de 1914, el diario cordobés *Los Principios* habla de "¡La barra! Esa barra a la que tantas veces le hemos recomendado cultura y prudencia, se portó como de costumbre, ¡mal!" (*Ídem*, 203). Tanto en *Los Principios* como en *La Voz del Interior* de aquellos años, se puede ver como "las barras" son culpadas por destruir instalaciones del club, proferir frases "hirientes", incentivar el juego brusco, protestar fervorosamente, invadir "fields", intimidar rivales u organizar "trifulcas" (*Ídem*, 204).

No se trata de un proceso exclusivamente cordobés. A partir de 1920 el diario *Ultima Hora* también comienza a utilizar el término "barra" (Frydenberg, 2011: 226). Ya en febrero de 1925, el diario *Crítica* titula una nota adjetivando a estos grupos de hinchas como "barras bravas" y los define como "energúmenos que sólo van a los *field* con el objeto de

¹ Una aclaración sobre las estadísticas relacionadas a la "violencia en el fútbol": no hay cifras oficiales. Por ende, la primera obligación es explicitar las limitaciones de mis datos que, como todo relevamiento cuantitativo sobre criminalidad o violencia, padece el síndrome de la "cifra negra" y el carácter manufacturado de su registro. En este caso en particular, las precauciones deben redoblar ya que mi principal fuente es la lista de víctimas confeccionadas por la fundación Salvemos Al Fútbol que, a su vez, se basa en la cobertura mediática de los hechos. Es por eso que aquella lista debe completarse con otras fuentes secundarias, elaboraciones propias o investigaciones complementarias de colegas dedicados al tema. La lista completa está en <http://salvemosalfutbol.org/lista-de-victimas-de-incidentes-de-violencia-en-el-futbol/>

poner de manifiesto sus bajos instintos" (*Ídem*). Por su parte, el periódico *La Cancha*, en noviembre de 1928, propone la expulsión de aquellos socios identificados como "hinchadas salvajes, las *barras* más agresivas, brutales, fanáticas y antideportivas" (*Ídem*, 172). La misma cobertura mediática se da con el segundo homicidio vinculado al fútbol argentino. En 1924, tras un Argentina 0 y Uruguay 0 por la Copa América, en la Ciudad Vieja de Montevideo, hinchas de cada país se pelean. La batalla se torna tragedia cuando Pedro Demby, uruguayo de 22 años, muere desangrado con olor a pólvora. La prensa apunta como responsable a un tal "Petiso", líder de "una barra argentina" residente en La Boca (Grabia, 2018).

Será entre las dos primeras décadas del siglo XX, entonces, cuando la prensa construye la noción de "barras bravas". Lo hace en medio de un pánico moral por la creciente violencia. En esa coyuntura nace una asociación perdurable hasta hoy: las "barras" serán los depositarios de todos los males que aquejan a nuestro fútbol. Y aquel pánico moral comienza a expandirse como mancha de tinta por todo el tejido social, tanto así que Roberto Arlt, el literato del bajo mundo, en una de sus Aguafuertes porteñas de 1931, escribía "...son como escuadrones rufianescos, brigadas bandoleras, quintos malandrinos, *barras* que como expediciones punitivas siembran el terror en los estadios... estas *barras* son las que en algunos barrios han llegado a constituir una mafia, algo así como una camorra, con sus instituciones, sus broncas a mano armada".

El origen del pánico moral que asocia "violencia" y "barras" debe leerse como una reacción de las clases dominantes ante la inminente popularización del fútbol masculino. No es casualidad que comience en la década del diez y se acentúe en los años veinte, cuando las clases populares—en su mayoría varones—se incorporan al fútbol; y que se expanda definitivamente en los treinta, momento en que "las operaciones de apropiación popular de una práctica de élite están

concluidas y han sido exitosas” (Alabarces, 2008: 62). Si por un lado los sectores dominantes se resguardan en cargos dirigenciales, prensa deportiva o se mudan a otros deportes como el tenis, rugby y golf; las clases populares se incorporan al fútbol como jugadores o hinchas. Hay condiciones materiales que lo posibilitan. Primero, la práctica del “amateurismo marrón” que facilita la posterior y efectiva profesionalización del fútbol masculino—1931 en Buenos Aires y 1933 en Rosario, Santa Fe y Córdoba—permite que jugadores, de origen pobre, hagan del aquel deporte un trabajo. Posteriormente, la reducción de la jornada laboral, el descanso dominical y la institucionalización del “sábado inglés” en 1932 permiten que el ocio obrero encuentre en el hinchar por un equipo una actividad recreativa predilecta. En resumen, el pánico moral que origina la construcción de las *barras* no es otra cosa más que un espanto de clase. El pavor de las elites ante una invasión “bárbara”. Los *barras* serán, desde hace un siglo hasta hoy, los “inadaptados de siempre”, no sólo por su comportamiento, sino también por estar donde no les corresponde.

Fútbol moderno y violencia organizada

Otro momento crucial en las narrativas en torno a dichos grupos se da entre la década del cincuenta y principios de los setenta del siglo pasado. Es la era donde aparecen las primeras “barras” que se autoidentifican como tales. La de Boca Juniors, Rosario Central, Racing de Avellaneda, Belgrano de Córdoba, solo para nombrar algunas. Quien lea ya notará una obviedad histórica no siempre dicha: las muertes violentas en el fútbol se cuentan desde la década del veinte y los grupos que se autorreconocen *barras* aparecen en los cincuenta y sesenta. En otras palabras: la “violencia en el fútbol” no nace con las “barras bravas”.

Es por esos mismos años que la industria cinematográfica nacional estrena varias películas centradas en el "hincha" de fútbol². Estas producciones van moldeando un "verdadero hincha"—siempre varón— asociado a la fidelidad incondicional, el amor desinteresado, el sacrificio, el trabajo honrado, el club como herencia familiar y un comportamiento pasional y pacífico. Se forja un prototipo ideal de hincha que tiene como antagonismo moral a "las barras" y la prensa se hace eco de tal división. Así, el diario *Crítica*, en 1959, al mismo tiempo que define al "hincha" como aquel "que va con el propósito simple y puro de pasar una tarde sana de emoción, realizando por ello mil sacrificios" (Conde, 2005: 28); algunos años después, también dirá que en los estadios están quienes "se dicen hinchas, pero en realidad son peligrosos fanáticos que amalgaman esa condición con la de delincuentes y que se muestran despiadados cuando van al fútbol (*Ídem*)". Lo "sano" y "puro" en los hinchas, el "peligro" y la "delincuencia" en las *barras*. Diferencias que se tornan desigualdades alimentando un pánico moral perdurable.

Amílcar Romero, precursor en las investigaciones sobre la "violencia del fútbol" y las "barras", dedicará gran parte de sus esfuerzos intelectuales a estudiar la década del cincuenta y sesenta como momento bisagra en la materia (Amílcar Romero, 1985, 1986 y 1994). Para el autor, en 1958, el fútbol masculino argentino entra en una profunda reestructuración producto de la crisis originada por la derrota Argentina 6 a 1 ante Checoslovaquia en el mundial de Suecia. En consecuencia, nace el "Fútbol-Espectáculo" modernizando sus estructuras y concibiendo el modelo de fútbol-empresa. Para Romero este es el comienzo de la "violencia institucional", es decir, de formas autoritarias que encuentran en el matar o morir un desenlace posible. Su pionero trabajo, titulado "muerte en la cancha (1958-1985)" (Romero, 1986), es fundamental en, al menos, dos sentidos: primero porque

² El hincha (1951); Somos los mejores (1968); Pasión dominguera (1969); Vamos a soñar con el amor (1971) y Tango desde el tablón (1971).

sistematiza casos dispersos dando lugar a la primera base de datos sobre víctimas fatales vinculadas al fútbol. Y segundo porque instaaura a la muerte como indicador cuantificable de una violencia, hasta ahora, etérea. Romero toma al asesinato de Alberto Linker, ocurrido en un Vélez-River de 1958, como síntoma de época. Por un lado, el caso expone la impunidad de una represión policial que se torna moneda corriente en los estadios argentinos, pues Linker muere por las granadas de gases arrojadas por la guardia de infantería. Por otro lado, el hecho deja una editorial del diario *La Razón* en la que se denuncia la existencia de "barras fuertes" vinculadas con dirigentes de clubes y políticos influyentes.

Pero sin duda, el caso más emblemático de esta era es el del hincha de Racing de Avellaneda Héctor Souto, asesinado por *barras* de Huracán en 1967. Gran parte de la bibliografía especializada sostiene que, por este caso, se acuña por primera vez el término "barra brava". Más arriba sostuve, citando a Julio Frydenberg (2011), que la noción ya había sido creada por una editorial del diario *Crítica* en 1925. Más allá de aquel dato histórico, es importante reparar en la dinámica del homicidio y sus consecuencias, ya que deja varias aristas interpretativas relevantes. Para empezar, la muerte de Souto es producto de una *emboscada* de la *barra* de Huracán a hinchas de Racing como consecuencia del robo de una sombrilla por parte de los segundos a los primeros. En aquella "trampa", Souto es golpeado por una docena de *barras* de Huracán. La investigación judicial descubre que, los responsables del homicidio, habían entrado gratis con carnets de jugadores de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA). Romero también cuenta, analizando el caso, que el certificado de defunción de Souto expedido por un médico de Huracán y el peritaje de los forenses no registra ni una marca de golpiza en el cadáver. Además, siempre según Romero, los *barras* implicados cuentan con un staff de importantes abogados. Las condenas son mínimas: el autor material recibe seis años

y los instigadores dos. En suma, Amílcar Romero perfecciona una línea interpretativa de enorme impacto en las narrativas porvenir: hay un tono denunciante hacia las “barras bravas”, que ya no actúan solas o aisladas, sino dentro de un complejo entramado de reciprocidades y actores que pactan para garantizar impunidad y extraer recursos económicos dentro de un fútbol cada vez más mercantilizado y violento.

No se sabe mucho sobre el accionar de las *barras* de fútbol durante la dictadura militar. Allí hay otro vacío a explorar. Según Amílcar Romero, durante el “Proceso de Reorganización Nacional”, ellas adquieren un rol protagónico en la vida institucional del club. Consolidan el poder expandido en las décadas anteriores. Pablo Alabarces, después de analizar algunos asesinatos del período, sostiene que, en esta época, “las barras han copiado el modelo de los Grupos de Tareas, y actúan por fuera del monopolio legítimo de la violencia por el Estado” (Alabarces, 2004: 26). Lo otro que nos dice Alabarces es que, durante la dictadura, la represión policial deja varias muertes vinculadas al fútbol. Por esos años tienen lugar las primeras víctimas fatales—registradas—que involucran a un equipo cordobés. Es el caso de Manuel Díaz y Norberto Páez, quienes mueren por balas policiales tras un partido entre Colón y Talleres. Nunca se encontraron a los culpables. Dos años después tenemos el primer asesinato—registrado—vinculado al fútbol en la ciudad de Córdoba. Es un niño de 13 años llamado Jorge Cardozo. La lista de víctimas de la ONG “Salvemos al fútbol” dice sobre este caso: “impune y ausencia casi total de datos”. Lo que queda claro es que entre la represión policial y el accionar de las *barras* hay una letalidad creciente.

Letalidad y cruzada moral en la era del aguante

El retorno a la democracia y la década de los noventa son otra bisagra en lo que respecta a las representaciones sobre *barras*. El pánico moral contra “las mafias del fútbol” llega a su ápice. En parte porque el registro

de muertes se dispara estrepitosamente, ya que entre la segunda mitad de los ochenta y todos los noventa se concentran más de la mitad del total de las víctimas fatales vinculadas al fútbol hasta entonces. En otras palabras, en los 17 años que van desde 1983 hasta el 2000, se mata y se muere más que en todo el periodo que va desde el primer asesinato en 1922 hasta el retorno de la democracia (Alabarces, 2004). En 1984 se consuma el primer asesinato que involucra públicamente a *Los Piratas*, la *barra* de Belgrano. Será dentro de un estadio tucumano contra Atlético Tucumán (Cabrera, 2021). Es la era del *aguante*, una compleja noción nativa que hace de la violencia una experiencia tan útil como deseable (Moreira, 2001; Garriga Zucal, 2007; Gil, 2007)

En esta época también se reacciona contra las *barras* porque se perciben como el resabio de un autoritarismo en revisión ante la flamante "primavera democrática" alfonsinista. Hay dos ejemplos que ilustran la cruzada moral contra las *barras* que se radicaliza en la segunda mitad de los ochenta. El primero es el estreno de la película *Las Barras Bravas*, dirigida por Enrique Carreras y estrenada en 1985. El film condensa todos los prejuicios y estereotipos sedimentados contra estos grupos. La primera escena muestra recortes de diarios que retratan a supuestos *barras* bajo los titulares "terror y sangre", "el retorno de la violencia" o "incendio, robos y caos". Acto seguido se filma a una *barra* de un equipo cualquiera, yendo a un partido en un vagón, cantando "evita, el bombo, el tren es un quilombo" y "los vamos a reventar, los vamos a reventar". Ese mismo grupo, minutos después, golpeará hombres, violará mujeres, aplastará autos, romperá alambrados, venderá drogas, portará armas y robará a ancianas. Violadores, violentos, traficantes, ladrones, asesinos, saqueadores y... peronistas, son sólo algunas de las imputaciones que redundan en la película.

El otro ejemplo viene del Estado, son las primeras leyes destinadas a intervenir en el "flagelo de la violencia del fútbol". El 21 de junio de 1985

se aprueba la normativa 23.184 titulada "Régimen penal y contravencional para la violencia en espectáculos deportivos", conocida como "Ley de La Rúa" en homenaje a su creador e impulsor, el entonces senador Fernando de la Rúa. La sanción de dicha ley inaugura fuertes continuidades perdurables hasta hoy. La primera es el carácter espasmódico de toda iniciativa estatal sobre el tema (Alabarces, 2004). Dicha ley surge como respuesta inmediata, efectista e improvisada frente a la muerte de Adrián Scaserra, un joven de 14 años asesinado, por la espalda, por una bala de la policía bonaerense. Lo segundo es que La Ley de la Rúa funda una serie de trazos comunes y duraderos en las sucesivas intervenciones estatales, la policialización de los estadios y la segregación territorial de las hinchadas son algunos ejemplos (Sustas, 2013). Pero la ley también cristaliza un tratamiento específico sobre el problema en boga de las *barras*. La ley entiende a la "violencia en el fútbol" menos como un fenómeno a regular y más como un problema a erradicar, y para ello lo que se debe hacer es extirpar a los "grupos" responsables de aquel flagelo. El diagnóstico se centra en la rivalidad entre hinchas de diferentes equipos sin mencionar, por ejemplo, la represión policial que había sido una de las principales causantes de muerte en la época. Se instaura un modelo de seguridad represivo y focalizado en vez de otro preventivo e integral.

La norma 23.184 no sólo no surte ningún efecto en los índices de violencia, sino que, durante toda la década del noventa las cifras se disparan a límites inéditos. La respuesta estatal es insistir, con más necesidad que relevamiento, por la misma senda. En marzo de 1993 se sanciona la ley 24.192 que modifica parcialmente la normativa anterior. Se acentúa la culpabilidad de las *barras* definiéndolas como un tipo social que "atenta contra la armonía y la paz en los estadios de fútbol". Al mismo tiempo se avanza en la creación de un Registro Nacional de Infractores a la Ley de Deporte, se busca prohibir el ingreso a los hinchas con antecedentes penales. Se enfatiza la asociación entre violencia y

delincuencia (*Ídem*). En 1997 se sanciona el decreto 1466/97 basado en el modelo inglés implementado para erradicar a los "hooligans". Se busca que todos los espectadores estén sentados y se planifica un sistema de vigilancia basado en cámaras ubicadas en las inmediaciones de los estadios a los fines de evitar el ingreso de los "violentos". Teniendo en cuenta los propios objetivos propuestos por el decreto, el balance es contundente: lo primero fracasa, lo segundo... también. En suma, en el ocaso del siglo las *barras* son lo mismo que al comienzo: los principales culpables de una "violencia en el fútbol" creciente en su letalidad. La novedad está en que, desde el retorno a la democracia, se han tornado objeto de legislación, y siempre bajo el cuño de un punitivismo tan declarado en la retórica como inviable en la práctica, pues, pese a prohibiciones, detenciones, juicios o adjetivaciones mediáticas, las *barras* continuarán poblando las canchas de nuestro país.

En los primeros años del nuevo siglo aparecen algunos casos de fuertes enfrentamientos entre "facciones" internas de *barras*, es decir, del mismo equipo. Algunas peleas son dentro de los estadios y otras afuera. La policía organiza cordones de seguridad—o "pulmones"—en ciertas tribunas a los fines de prohibir la proximidad entre sectores antagónicos. La lógica de la segregación entre potenciales enemigos, que durante los sesenta y setenta se inaugura para las hinchadas de diferentes equipos, ahora se replica para simpatizantes con la misma camiseta. En Córdoba, en el Club Atlético Talleres, lo dicho se ve nítidamente con las peleas "internas" que entablan dos facciones antagónicas de su *barra*. Una disputa que deja un muerto el 5 de septiembre del 2000 cuando miembros de la facción *La Fiel* matan a Roque Miranda de *Las Violetas*. Ocurre dentro del estadio mientras se disputa el partido Talleres vs Lanús. El resultado es la expulsión de la facción derrotada y la monopolización de la tribuna por parte del bando victorioso.

Algunos años después sucederá lo mismo en la *barra* del Club Atlético Belgrano, durante la primera década del siglo XXI, *Los Piratas* entran en una época de peleas internas (Cabrera, 2018). La diferencia con el caso de Talleres es que los enfrentamientos se dan, principalmente, afuera de los estadios y en días ajenos a los partidos. Nada de la violencia anterior desaparece. Las muertes entre hinchadas de distintos equipos y la represión policial continúan, aunque se vea una merma en su peso relativo en relación a las muertes intra-barras (Segura, Murzi y Yoshida, 2017). En el año 2007, un hincha de Tigre es asesinado por hinchas de Nueva Chicago. La repercusión del caso conlleva a que AFA y el Estado Nacional decidan prohibir la asistencia del público visitante a todos los partidos correspondientes a las categorías de ascenso nacional. La primera división queda eximida de tal medida hasta el 2013, año en el que un hincha de Lanús es asesinado a manos de la policía en el “Estadio Único de la Plata”. Como consecuencia, la provincia de Buenos Aires decide prohibir el público visitante en todos los partidos de su territorio, sin importar la categoría. Finalmente, en julio del mismo año, facciones internas de la *barra* de Boca se pelean a los tiros en la previa de un partido contra San Lorenzo. Con el saldo de dos muertos, la prohibición del público visitante se extiende a todo el país y a todas las categorías.

Violencia “privatizada”, “infiltrados” y “grabiología”

Como lo han demostrado varios trabajos, en los últimos años cambian los escenarios de los enfrentamientos y sus protagonistas (Diego Murzi, Santiago Uliana y Sebastian Sustas, 2011; Sustas, 2013; D’ Angelo, 2011; Segura, Murzi y Yoshida, 2017; Cabrera, 2017*b*; Segura y Murzi, 2018). Se observa una relación inversamente proporcional entre las peleas de *barras* de diferentes equipos y las peleas entre *barras* del mismo club. Si los enfrentamientos entre hinchas—no solo *barras*—con diferentes camisetas fue la principal causa de muerte desde el retorno de la

democracia hasta el principio del siglo XXI, las peleas entre *barras* del mismo club representan el 56% del total de muertes vinculadas al fútbol entre 2006 y 2017 (Murzi y Segura, 2018). Ya vimos, anteriormente, que se trata de una tendencia que comienza a principio de siglo, pero que se acentúa dramáticamente a partir de la prohibición del público visitante en 2007 y 2013. Esta medida tendiente a "combatir la violencia en el fútbol" no la reduce, sólo la desplaza. A falta de "enemigos" al frente, se los encontró a los costados.

Es importante aclarar que el incremento de las peleas devenidas en muerte entre hinchas del mismo equipo no solo opera en las *barras* sino en todos los simpatizantes que asisten a los estadios. En el Club Atlético Belgrano resulta paradigmático el caso de Emanuel Balbo, un hincha celeste asesinado el 15 de abril del 2017. Aquella tarde, Belgrano jugaba de local contra el clásico Talleres en un partido oficial en el Estadio Mario Alberto Kempes, con la prohibición del público visitante vigente. En la popular Willington, al frente de la tribuna donde se ubica la *barra* pirata y donde normalmente están los hinchas de Talleres, se produjo una discusión entre hinchas de Belgrano. Oscar "Sapo" Gómez comenzó a gritar que Emanuel Balbo era un hincha de Talleres "infiltrado", es decir, un rival pisando territorio "enemigo" camuflando su adscripción futbolística. Varios hinchas de Belgrano comenzaron a golpearlo hasta arrojarlo por una de las bocas de ingreso a la tribuna. A los dos días murió en el Hospital de Urgencia de la ciudad de Córdoba. Balbo no fue el primer caso de golpiza a un hincha etiquetado como "infiltrado", pero sin duda fue el más espectacularizado por los medios de comunicación. Las primeras repercusiones mediáticas del caso inculparon a la *barra* de Belgrano pese a que los hechos ocurrieron en otra tribuna³. Inclusive, después de ser juzgado el caso con juicio oral y público, donde se demostró y sentenció a responsables que no tenían ningún vínculo con la *barra* de Belgrano, ciertos medios de

³ <https://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/el-loco-tito-nego-amenazas-amigos-de-emanuel-y-lamento-la-muerte-del-hincha-de-belgrano>

comunicación insistían en que “miembros de la barra brava pirata golpearon y arrojaron al vacío a Emanuel Balbo”⁴.

Volviendo a la dinámica de las peleas entre *barras*, la mutación de contrincantes coincide con un corrimiento espacio-temporal de la violencia. Si antes las peleas se desarrollaban, principalmente, dentro o en las adyacencias de los estadios durante los días de partido, ahora la mayoría de los enfrentamientos ocurren fuera de las canchas en momentos que poco tienen que ver con la competencia deportiva en sentido estricto. Este desplazamiento espacio-temporal de las disputas lo entiendo como un proceso de “privatización de la violencia”⁵ (Cabrera, 2018 y 2021), es decir, que las peleas pasan del espacio público por antonomasia del fútbol—los estadios durante los días de partido— a ámbitos “privados” en relación al espectáculo futbolístico: bares, bailes, barrios, plazas, domicilios particulares, recitales, reuniones de amigos, entre otros. La violencia se desplaza “tras bastidores” (Elias, 1993: 164).

El cambio de escenario también repercute en los medios empleados. Ya vimos que las armas de fuego no son nuevas como causante de las muertes en el fútbol, pero sin dudas, en los últimos años, se apela cada vez más a *los tiros* como mecanismo legítimo para resolver los conflictos. Hay, por un lado, más posibilidades de usar armas ya que las *peleas*, al desbordar los partidos de fútbol como referencia espacio-temporal, también se alejan de los operativos de seguridad que rodean a los estadios. Por otro lado, estar armando parece ser una opción progresivamente escogida ante la imprevisibilidad de los enfrentamientos. Ante una violencia que aumenta progresivamente su capacidad letal, las víctimas fatales se incrementan. En nuestro fútbol, entre el periodo 1922-1983 mueren, en promedio, 2 personas al año;

⁴ <https://www.infobae.com/deportes-2/2019/03/08/el-sapito-gomez-fue-condenado-a-15-anos-de-prision-por-el-asesinato-de-emanuel-balbo/>

⁵ El concepto de privatización de la violencia es utilizado en el sentido empleado por Elias (1993) y Spierenburg (1998): no como la transferencia del monopolio de la violencia física del Estado a sectores privados producto de una hipotética mercantilización, sino como el aumento de los umbrales de intolerancia a la violencia en la vida pública cotidiana, que en el caso del fútbol serían los estadios durante los días de partido. Esta idea se retomará más adelante en el capítulo 3 y 4.

entre 1984 y 2007 hay un promedio anual de 5 víctimas; y entre el 2008 y 2018 la media roza los 10 casos al año. Con un total de 332 muertes registradas, no quedan dudas que el fútbol argentino es el más letal de toda América Latina. En este marco, el Estado nacional no modifica en un ápice su estrategia. Su última gran iniciativa fue el truncado proyecto de ley titulado "Régimen Penal y Procesal para la Prevención y Represión de Delitos en Espectáculos Futbolísticos". Una normativa a la que sus propios impulsores prefieren denominar "ley antibarra".

La pandemia fue una oportunidad perdida. Poco cambió. A solo 15 días de comenzar el 2022 Juan Calvente, hinchado de Independiente, falleció de un disparo tras un enfrentamiento entre la barra del rojo y una organización social tras discutir por una ruta cortada. Con cada muerto el pánico moral hacia las *barras* trepa a niveles lisérgicos. Un contexto propicio para la expansión sin límites de la "Grabiología", es decir, una fobia a las barras travestida de análisis que camina sobre dos falacias: por un lado, universalizar las figuras de "Rafa" Di Zeo o "Bebote"—líderes mediáticos de las *barras* de Boca e Independiente respectivamente—argumentando que todos los barras son como ellos. Y, por otro lado, creer que ese modelo de *barras* se replica en cualquier grupo organizado de los sectores populares—sindicatos, movimientos sociales, piqueteros, economías populares. De ahí que hablen de "una sociedad barra brava". Y ahí volvemos, de nuevo, al origen: un pánico moral que nunca dejó de ser un espanto de clase.

Mitos, verdades y algo más

La o el lector deducirá, fácilmente, que la genealogía de las narrativas sobre las *barras* presentadas en el apartado anterior se confunde con la historia de las muertes en el fútbol. Esto es así porque estos grupos siempre han sido contruidos, pensados, intervenidos, castigados, criticados o definidos desde la violencia. De ahí el pánico moral que los acompaña como marca perene. En consecuencia, quisiera proponer un

apartado en que se problematice gran parte de la mitología que prima sobre la “violencia en el fútbol” en general y “la cuestión barra” en particular. Cuando hablo de “mitos” me refiero a aquellas frases que se repiten hasta tornarse “verdades” irrefutables cuando el tema inunda la agenda mediática. A la luz de mi propia investigación—y las de varios y varias colegas—tales naturalizaciones se muestran empíricamente falsas o notoriamente incompletas. Desmotarlo me resulta apremiante porque sobre esas inconsistencias se prevén escenarios, caracterizan actores, cuantifican presupuestos y ejecutan intervenciones. Hablo de las políticas que nos han llevado a ser, desde hace varias décadas, el fútbol más letal de la región. ¿Por qué? Simple: porque acarreamos diagnósticos errados que conllevan “soluciones” estériles. Nunca hay que olvidar una máxima que aprendí de los pioneros del campo: toda muerte en un estadio de fútbol es predecible, por ende, evitable.

Uno de los mitos más repetido es aquel que profesa que “la violencia en el fútbol es un reflejo de la violencia de la sociedad”. Claro que no se trata de una frase del todo falsa ya que el fútbol es la sociedad, sin embargo, lo que acá discutimos son las lecturas mecánicas que creen que necesariamente una sociedad violenta conlleva un fútbol violento. Comparemos con otros países de la región donde el fútbol profesional masculino también es un espectáculo popular, masivo y mercantilizado. Si tomamos las tasas de homicidios como indicador de la violencia de una sociedad, Brasil (30, 5), Colombia (24,9) y México (24, 8) son países entre seis y cuatro veces más violentos que la Argentina (5, 2) según el informe global de la ONU 2017 sobre homicidios⁶. No obstante, sus muertos vinculados a los estadios de fútbol son bajísimos en comparación con nuestro país. La Argentina, pese a tener bajos índices de “violencia social” en términos relativos, tiene las peores estadísticas en lo que respecta a la “violencia en el fútbol”. Entre aquella violencia “de afuera” del fútbol y la de “adentro” queda claro que existe una

⁶ https://dataunodc.un.org/GSH_app

relación, no una determinación. Hay autonomía relativa entre una y otra. Argentina, comparativamente, no es una sociedad muy violenta pero su fútbol sí.

Lo dicho nos lleva a preguntarnos ¿qué particularidad tiene este deporte en la Argentina que lo torna tan violento? Y allí es donde suele aparecer otro comodín explicativo: “la violencia en el fútbol argentino está causada por las *barras* bravas. Si erradicamos ese cáncer el problema se soluciona”. Un lector o lectora atenta del artículo ya debería desenvainar dos argumentos para desmentir aquel mito. El primero es histórico: las muertes violentas en nuestro fútbol comenzaron en la década del veinte del siglo pasado. Las “barras bravas” nacieron entre finales de los cincuenta y durante todos los sesenta. Claro que ellas han dinamizado una violencia progresivamente letal, pero no son ni su origen primero ni su causa última. El segundo argumento es estadístico: hasta finales del siglo XX el actor con más muertes en la espalda era la policía (Alabarces, 2004). Ya en el siglo XXI disminuye su peso relativo, pero se mantiene como variable. Pero aun en los últimos años, donde la violencia de las *barras* ha crecido, todavía distan de ser el único actor que mata y muere. Para localizar los datos—y “desporteñizar” la discusión—veamos que pasó en Córdoba. De las últimas cuatro muertes asociadas al fútbol masculino local tenemos: la de Jorge Castro asesinado por un balazo policial a la salida del clásico Belgrano-Talleres el 16 de abril de 2005; la muerte de Cristian Emiliano Monti, arquero de las divisiones juveniles del Club Juvenil de Barrio Comercial golpeado por tres jugadores rivales en un partido de la Liga Cordobesa de Fútbol; el caso de Jonhatan Villegas asesinado el 24 de noviembre del 2013 por un miembro de la *barra* de Talleres “La Fiel” en un balneario de Carlos Paz; y el resonante homicidio a Emanuel Balbo quien fue arrojado desde la tribuna del Estadio Mario Alberto Kempes por “hinchas comunes” tras recibir la acusación de “infiltrado”.

Cuatro muertes causadas por distintos actores: policía, jugadores juveniles de un equipo amateur, *barras* e "hinchas comunes". Lo mismo vemos si dejamos de lado las víctimas fatales y nos detenemos en los 107 incidentes violentos registrados entre el periodo 2006-2017. Allí vemos otro escenario plurilactoral: las *barras* participan del 59% de los casos mientras que el resto de los actores "no barras" protagonizan el 41% restante (Berges *et al.*, 2019). De este último porcentaje la policía encabeza el 20% de los incidentes (*Ídem*). Dejo tres verdades: la policía debe prepararse mejor; el "hincha común" pacífico es una excepción; y las *barras* detentan varios monopolios en los estadios argentinos, pero la capacidad de matar o provocar incidentes no es uno de ellos.

Otra falacia devenida reificación es la exageración explicativa en torno a los "negocios" como causa de la violencia barra. Arranquemos con otra evidencia desprendida del recorrido trazado: los motivos económicos explican una parte de la adhesión a una *barra* (Cabrera, 2021a). Primero porque hay otras razones por las que alguien deviene un muchacho del para-avalancha que no pueden reducirse al costo-beneficio cuantificable en pesos. Además, vale la pena subrayar que los lucros económicos se quedan en la punta de la pirámide. Ni en una empresa, ni en una sociedad ni en una *barra* hay teoría del derrame. Entonces, ¿por qué forman parte de estos colectivos la mayoría de sus miembros? La segunda razón para devaluar la dimensión económica a la hora de explicar las *peleas* es porque hay otras variables no mercantiles que motorizan a intercambiar trompadas, puntazos o tiros. Me refiero a procesos vinculados a las afirmaciones de género, disputas territoriales, mandatos familiares, honor, búsqueda de prestigio y respeto, goce y placer y tantas otras experiencias ya descriptas. Por algo la violencia atraviesa tanto a las *barras* de los "clubes grandes" de Buenos Aires que cuentan con onerosas cajas, como a las empobrecidas *barras* de las ligas locales del "interior" argentino. Finalmente, otra certeza: todos los actores del actual fútbol hipermercantilizado

“negocian” coqueteando con la ilegalidad y contando números infinitamente superiores que los de ciertos barras. Simplemente con ver el entramado global, nacional y local del llamado “FIFA Gate” cualquier persona confirmaría lo que digo. Para verlo en el orden nacional puedo citar las ilegalidades en torno al mundial de 1978, la quiebra de varios clubes sociales en los noventa y principios de los dos mil o los desmanejos de la AFA post-Grondona. “Negociar” ilegalmente no necesariamente es pelear.

Ahora bien, sí creo que hay una serie de procesos y desplazamientos que dinamizan un incremento de la violencia letal protagonizada por *barras*, y esto se vincula al mito que sostiene que “el Estado no hace nada para solucionar el problema”. Me explico: el Estado hace, y mucho, pero desde una perspectiva errada. Y digo más, en materia de seguridad vinculada a contextos futbolísticos mantiene una coherencia inédita si la comparamos con otras esferas de intervención. Uno de los pocos ámbitos donde hay más políticas de estado que de gobierno. Para confirmarlo basta volver más arriba donde muestro como el Estado nacional, desde 1984 hasta hoy 2021, mantiene inalterable un modelo de seguridad represivo y focalizado desconociendo cualquier tipo de propuesta preventiva e integral. El Estado—enarbolado siempre por la prensa hegemónica—criminaliza a las *barras* hace más de cuarenta años estimulando así un progresivo corrimiento de estas a la informalidad o ilegalidad. Que, en paralelo, corre con un proceso de estigmatización social que los *barras* saben traducir en valores de uso y cambio. El resultado de esta progresiva criminalización e inversión del estigma es un aumento de la violencia como vía resolutive de los conflictos internos y externos (Cabrera, 2021*b*).

Además, empujadas a la informalidad, las *barras* ensanchan redes con otros mercados ilegales—drogas, armas, robos—que dinamizan una violencia ya creciente. Lo mismo puede decirse sobre los daños colaterales de la “prohibición al público visitante” que trajo como

consecuencia un incremento en las probabilidades de letalidad de las peleas. Recordemos que ahora las *barras* se enfrentan, principalmente, fuera de los días de partido, lejos de los estadios, entre hinchas del mismo equipo con proximidad geográfica y con armas de fuego. Una invitación a la morgue.

En otros trabajos demostré que la *barra* del Club Atlético Belgrano de Córdoba (Cabrera, 2021a) cuenta con una extensa y profunda llegada territorial; redes de contención y solidaridad para apoyo mutuo; capacidades productivas y extractivas para generar economías propias; aceptada división del trabajo y estructura piramidal; férrea organización para resistir los avatares del tiempo; poder soberano y legitimidad social en el club y diversos barrios; e importantes contactos con diversas esferas de poder. Todas esas características propias están ahí, "disponibles". Fíjense que puede servir tanto para montar una violenta organización criminal como para forjar un actor socio-político constructor de ciudadanía. La opción escogida no depende sólo de los y las *barras*, sino también de lo que el resto de la sociedad haga con ellos y ellas.

Así llegamos a un último mito ampliamente difundido, el lamento del pesimista incrédulo que ofuscadamente nos condena a la fatalidad cuando repite que "no hay nada para hacer porque no hay solución posible". Nuestra primera respuesta debería ser un sincericidio, pues tenemos que confesar que la(a) violencia(s) y los conflictos forman parte de cualquier sociedad contemporánea, por ende "eliminarlos" no pasa de una ficción sociológica, un anhelo trasnochado o una demagógica promesa política. Lo que sí podemos hacer es gestionar—o "reducir"—esas conflictividades de la manera más eficaz y democráticamente posible.

El primer paso sería admitir el fracaso de lo realizado. Si insistimos en pisar las huellas marcadas solo garantizamos iguales resultados. Lo segundo sería recuperar experiencias de otros países. No como

imitación sino como influencia. No tengo espacio para desarrollarlas pero invito a interiorizarse en ellas, me refiero a los casos de Colombia (Amaya y Tafur, 2019), Brasil (Borges Buarque de Hollanda *et al.*, 2015; Lopes Tavares, 2019) Alemania, Inglaterra y Bélgica (Murzi y Segura, 2015). También sería vital mapear, sistematizar y divulgar distintas experiencias territoriales e "informales" que intentan construir otros futboles posibles desde escuelas barriales, proyectos comunitarios, corrientes feministas, fútbol mixto o diversidades sexuales y de género que enarbolan a la pluralidad como bandera. Inclusive, hay experiencias locales más que interesantes que han propuestos modelos de gestión de seguridad preventivos e integrales basados en investigaciones rigurosas y estrategias pluriactorales. Asimismo, considero importante visibilizar tareas solidarias que varias *barras* ejecutan, como muchas de ellas lo hicieron durante la pandemia del Covid-19. Finalmente, nunca está de más repetir que las y los investigadores académicos dedicados al tema venimos publicando un sinfín de artículos y audiovisuales, científicos y de "divulgación", con propuestas concretas y viables (Branz *et al.*, 2020).

Los mitos y sus contraargumentos sobre la "violencia en el fútbol" podrían extenderse. Intenté enumerar los más urgentes. Hoy, mucho más pesimista que ayer, no espero que los responsables de garantizar la seguridad en nuestros estadios lean lo que ellos consideran pirotecnia retórica. Por el contrario, me conformo con que los lectores "realmente existentes" piensen dos veces antes de reproducir estos mitos que, aunque sean parcial o totalmente falsos, por el simple hecho de creerlos verdaderos, son reales en sus consecuencias. Espero también que dejemos de lado las lecturas reduccionistas que pululan en nuestro país sobre "la cuestión barra". Pero eso ya no depende del origen de este artículo sino de su destino. De la interpretación de lo leído y no de lo escrito. Porque, parafraseando nuevamente a Barth, el nacimiento del lector se paga con la muerte del autor.

Referencias

Alabarces, P.: *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*, Buenos Aires: Capital Intelectual, 2004.

Alabarces, P.: *Fútbol y patria*, Buenos Aires: Prometeo, 2008.

Amaya, A. y Tafur, S.: *Fútbol y políticas públicas: miradas desde América Latina*, Cali: Universidad Nacional de Cali, 2019.

Archetti, E.: *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires: Antropofagia, 2003.

Berges, M. (et al.): *El problema de la violencia en el fútbol hoy. Diagnósticos, datos y reflexiones para pensar la seguridad deportiva en la Argentina*, CABA: ONG Salvemos Al fútbol, 2019.

Borges Buarque de Hollanda, B., Medeiros, J. y Teixeira, R.: *A voz da arquibancada. narrativas de lideranças da federação de torcidas organizadas do rio de janeiro (ftorj)*, Rio de Janeiro: 7 letras, 2015.

Branz, J., Cabrera, N., Garriga Zucal, J., Moreira, V., Murzi, D., Rosa, S. y Szlifman, J.: "Violencias en el fútbol argentino: claves para pensar su deconstrucción", *Debates en Sociología*, 51, 2020, 77-95.

Cabrera, N.: *Que la cuenten como quieran: pelear, viajar y alentar en una barra del fútbol argentino*, Buenos Aires: Prometeo, 2021a.

Cabrera, N.: "La violencia como experiencia (o el pelear en las barras argentinas)", *Cuestiones Criminales*, 4 (7/8), 2021b, 194-264.

Cabrera, N.: "Violencia, estigma y desplazamientos: la reconfiguración social y moral de Los Piratas en clave procesual", *Antípodas*, 30, 2018, 129-150.

Cabrera, N. y Plaza Schaefer, V.: "Violencias, seguridad y dilemas metodológicos. Una mirada sociológica de la experiencia en el Club Atlético Belgrano de Córdoba, Argentina", *Runa*, 42, 2021, 83-102.

Cabrera, N., Buarque de Hollanda, B., Magazine, R. y Rodríguez Aguilar, O.: "Hinchadas y barras de fútbol en la América Latina contemporánea: Hacia un análisis transnacional y una comparación en escala continental", *Cuestiones de Sociología. Revista de estudios sociales*, 18, 2018.

Conde, M.: "La invención del hincha en la prensa periódica", en: Alabarces, P. (et al.): *Hinchadas*, Buenos Aires: Prometeo, 2005, 21-39.

D'Angelo, N.: "La nueva conflictividad de las *barras* bravas en Argentina: una lectura a la luz de la teoría de redes", *Revista de investigación social*, VIII(13), 2011.

Elias, N.: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires: FCE, 1993.

Frydenberg, J.: *Historia Social del Fútbol; del amateurismo a la profesionalización*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.

Garriga Zucal, J.: *Haciendo amigos a las piñas: violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*, Buenos Aires: Prometeo, 2007.

Gil, G.: *Hinchas en tránsito: violencia, memoria e identidad en una hinchada de un club del interior*, Mar del Plata: EUDEM, 2007.

Grabia, G.: *Asalto al mundial. barrabravas, política y negocios. la historia negra de las hinchadas argentinas en la copa*, Buenos Aires: Sudamericana, 2018.

Lopes Tavares, F.: *Violência no futebol: ideologia na construção de um problema social*, São Paulo: CRV, 2019.

Moreira, M. V.: *Honor y gloria en el fútbol argentino: el caso de la hinchada del Club Atlético Independiente*. Tesis de licenciatura en Antropología, Universidad de Buenos Aires, 2001.

Murzi, D. y Segura, F.: "Miradas sobre la regulación de la violencia en el fútbol en Inglaterra y Bélgica. Aproximaciones para México", *Centro de Investigación y Docencia Económicas*, 291, 2015.

Murzi, D.; Uliana, S. y Sustas, S.: "El Fútbol de luto. Análisis de los factores de muerte y violencia en el fútbol argentino", en: Godio, M. y Uliana, S. (comps.): *Fútbol y sociedad. Prácticas locales e imaginarios globales*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2011.

Reyna, F.: *Cuando éramos footballers. Una historia sociocultural del surgimiento y la difusión del fútbol en Córdoba (1900-1920)*, Córdoba: Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti", 2011.

Romero, A.: *Deporte, violencia y política (crónica negra 1958-1983)*, Buenos Aires: CEAL, 1985.

Romero, A.: *Muerte en la cancha, 1985-1985*, Buenos Aires: Nueva América, 1986.

Romero, A.: *Las barras bravas y la "contrasociedad deportiva"*, Buenos Aires: CEAL, 1994.

Segura, F. y Murzi, D.: "Hacia un mapa de la "violencia en el fútbol": actores, dinámicas, respuestas públicas y desafíos en el caso de argentina", *Revista de Gestión Pública*, VII(1), 2018, 43-7.

Segura, F., Murzi, D. y Yoshida, L.: "Entre a violência e a festa popular no futebol da argentina: as *barras-bravas*, as políticas públicas e uma ONG", *Publicatio UEPG*, 25(2), 2017, 163-173.

Sustas, S.: "Las violencias sentenciadas. Análisis de las leyes en torno a la seguridad deportiva en Argentina", en: Garriga Zucal, J. (comp.): *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*, Buenos Aires: Godot, 2013, 347-370.